

MUNDOS CRUZADOS

FERNANDO
DE VILLENA

Novela histórica



Ediciones Evoke
"VERBA VOLANT, SCRIPTA MANENT"

Evoke
Histórico-mitológica

Mundos cruzados

Fernando de Villena



Índice de contenido

[Portada](#)

[Título](#)

[Dedicatoria y citas](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Epílogo](#)

[Datos técnicos](#)

Esta novela es para Juan Rivero Corredera que me ha abierto las puertas de muchos mundos. Con gratitud y cariño.

...pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desamparados de España...

Miguel de Cervantes

...España es múltiple y sus mil caras nos son casi desconocidas. E ignoramos también que somos algunas de esas caras. Llevamos la marca de España, y no es la menos honda de las marcas.

Enrique Serrano

CAPÍTULO I

María

Como espada de oro, penetraba, a través de un apolillado postigo, la luz alegre de la mañana en aquella casa pequeña y limpia de la plaza de Bibalbonut. Eran los días largos y amables en los que principia el verano y los gorriones saltaban gozosos de una a otra terraza, de un tejado a otro, de un viejo minarete a un reciente campanario en el arrabal morisco del Albaicín.

Mohámet ben Hiata hablaba con su jovencísima esposa Marian en voz muy baja, como receloso de que lo escuchase alguien oculto tras los muros.

—Aprovecharás —le explicaba— el momento justo, cuando más embelesado se halle con el artificio de tu danza. Debes hundir la daga en su cuello y abrírsele sin misericordia. Hazlo con rapidez y al mismo tiempo con gran contundencia. Solo tendrás una oportunidad y, si lo consigues, serás considerada grande para tu oprimido pueblo. No temas la muerte, pues Alá es todopoderoso y ha de premiar tu valor. Cuenta con que la ciudad caerá en nuestras manos antes de que te ajusticien. De lo contrario, ten la certeza de que tu sacrificio será vengado de inmediato. Todos estamos apercebidos para la rebelión, y la muerte de Carlos será la señal para su comienzo. El revuelo que ello originará ha de hacer muy fácil nuestra victoria. En todas las villas y ciudades de las Alpujarras y de la Costa nuestros hombres están a la espera de la noticia y, en cuanto logren hacerse con el dominio de los puertos, recibiremos la ayuda de un gran ejército que ya está embarcado en África.

Marian miró con melancolía los ojos de su esposo encendidos por la fiebre de la sedición y pensó en lo poco que le importaba entregarla a ella a una muerte segura a fin de conseguir sus objetivos. A buen seguro, ya se veía convertido en sultán del nuevo Reino de Granada. «¡Qué poco somos las mujeres para los hombres! —Se dijo—. Me ha desposado con diecisiete años cuando en él se apuntaban ya las canas; se ha divertido con mi cuerpo durante veinte meses en los que, además, le serví como una esclava y ya no se le da un ardite separarme para siempre de su lado. Nada somos las mujeres sino peldaños para la ambición de los hombres o animales para su placer. Cierto que la situación de nuestro pueblo, oprimido y humillado por los conquistadores, exige que tomemos las armas; cierto que la ocasión para acabar con el César Carlos parece la más propicia; cierto que de una débil mujer no temerán traición alguna, pero no puedo dejar de sentir la ingratitud y el desamor de Mohámet».

Continuaba el esposo dándole instrucciones, ahora en un tono admonitorio:

—Debes guardarte muy bien de soltar nuestros nombres si te llevan al tormento. Confío en tu fortaleza. No dudes en afirmar que todo fue idea tuya. Si los proyectos se truncasen ahora, no faltarán nuevas ocasiones para conseguir nuestro propósito, pero si tú hablas, nuestra causa estará perdida para siempre.

Desde la polvorienta plaza llegaba la voz cascada de un anciano ciego en demanda de limosna, pero Mohámet no pareció escucharla y continuó con sus advertencias. Ella, en cambio, oyó al mendigo con verdadera emoción. Reconocía en su acento malagueño a Muley, aquel amigo de su padre que, en los días de su niñez, le regalaba pasteles de almendras. Su pequeño comercio de dulces era paredaño a la zapatería donde ella creció. El desdichado nunca gozó de

buena vista, pero en aquellos años aún distinguía los objetos y contaba con la ayuda de su esposa Aixa.

Marian quiso entonces ponerse en pie y salir a entregarle unas monedas, pero Mohámet, sujetándola de las muñecas, se lo impidió. Y acompañó sus actos con recriminaciones no exentas de severidad:

—¿A dónde vas? ¿Es que no me escuchas? Está en tus manos el destino de miles de hombres y mujeres hermanos tuyos y a ti nada parece importarte. ¿No tendrás miedo ahora?

No, Marian no sentía miedo en aquel instante, sino unas inmensas ganas de llorar a solas, en silencio. Su vida se resumía en un constante anhelo, en una oculta insatisfacción. Desde niña había oído por boca de viajeros y mercaderes descripciones de otras tierras maravillosas, de otras ciudades extrañas y de la grandeza de los mares, pero su existencia se había reducido primeramente al cuidado de su buen padre, que enviudó cuando ella contaba solo siete años, y después al de su esposo. Nunca había ido más allá de las huertas de Granada y una voz interior constantemente le hablaba de otros horizontes, de otros muchos lugares, de otras gentes...

Mohámet, mientras tanto, ajeno a las cavilaciones y ensueños de la joven, cambió el tono de sus palabras y se mostraba ahora dulce e incluso recurría al halago, pero sin perder de vista sus objetivos:

—Nadie en la ciudad baila con tu gracia. Bien sabes cómo me duele pensar que vas a exhibirte ante los infieles tú, una mujer casada, la mía... Una mujer tan bella que sin duda despertará los lascivos deseos de esos puercos. Todo lo sobrellevo, sin embargo, por la esperanza de ver coronados con el triunfo nuestros afanes. Varias muchachas núbiles bailarán contigo, pero ellas no deben saber nada de nuestros proyectos. Fiar en una mujer ya supone una

temeridad y no vamos a correr el riesgo de participarle el secreto a media docena de ellas.

El sonido de las campanas colmó el aire limpio de Granada y les recordó una vez más a Mohámet y a Marian que la ciudad pertenecía a los cristianos y que aquella noche, si la suerte les acompañase, podrían hacerlas enmudecer.

Junto a una de las puertas de las fortalezas y palacios de la Alhambra, un paje llegado de la ciudad entregó una misiva a don Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar, y este, un varón ya de hasta treinta y siete años, sin abrirla, penetró en el recinto con paso decidido, haciendo sonar sus espuelas sobre los mármoles del suelo. Por doquier se mostraban guardianes que se iban cuadrando a su paso. Toda seguridad resultaba poca en esos días en que el César celebraba en Granada sus sobrebodas. Y los patios confundían la música serena y constante de sus fuentes con el bullicio de los embajadores y de los caballeros y las damas de la corte, con las risas de los bufones y los ladridos de los mastines. Iban y venían los mozos de cocina y los que alzan pabellones en los jardines y los recrean con gadamecías y trofeos para descanso de los señores. Acá y allá pudiera pensarse en la confusión de Babel según se escuchaba hablar en la noble lengua latina, en la húngarica, en la tudesca, en la inglesa, en la toscana, en la española e incluso en la de Francia, pero la que más semejava la comunicación de los ruiseñores es la que usaban las damas que había traído consigo de Portugal doña Isabel.

Tras solicitar la venia, el marqués entró en una gran estancia oreada con las brisas del Dauro y abierta mediante arqueados balcones en primer término a los jardines y de seguido a la populosa ciudad. Allí, en aquella fresca sala, bajo un imponente artesonado que semejava una carta del

universo, pero invertida; sobre el suelo de ladrillo donde se engastan con primor las olambrillas con el escudo de los antiguos reyes de Granada; allí, sentado en un frailer de damasco verde, se encontraba Carlos, el monarca más poderoso del orbe, el señor de gran parte de Europa y de las Indias. Era un hombre joven, ancho de espaldas, recio de cuerpo, de mirada grave e inteligente y cabellos y barba menos oscuros que los de los españoles. A su lado, en una humilde jamuga, se hallaba un hombre de iglesia que bien pudiera frisar los cincuenta años. Vestía con la elegancia desmedida propia de las gentes de Italia. Era carirredondo y sus ojos muy abiertos parecían asustarse de sus espesas barbas. Se trataba del nuncio papal en la corte de Carlos, el conde de Novellata, Baltasar de Castiglione, que a la sazón ofrecía un presente al César, un extraño objeto de oro con diamantes engastados.

—Tomadlo, señor. Su Santidad se lo encargó a un joven artífice de Cremona para obsequiaros con motivo de vuestras bodas y hasta el momento no he tenido ocasión de entregároslo.

—Extraordinario debe de ser el orfebre que tal pieza ha construido. ¿Cuál decís que es su nombre?

—No es un orfebre cualquiera, majestad, sino el más atrevido inventor de máquinas que han dado las tierras de Italia desde Leonardo hasta acá. Se llama Juanelo Turriano.

—Pues habrá que traerlo a nuestra corte. Ya daré encargo de ello.

—Yo mismo escribiré a su Santidad para que os lo envíe. Y, si ahora me lo permitís, os explicaré el funcionamiento de esta peregrina invención. Se trata de un reloj, sino que a la vez posee un minúsculo compartimento secreto. Puede resultar muy útil para hacer que un mensaje comprometido llegue a su destino sin que nadie lo sospeche. La clave para abrir y cerrar el cajoncito oculto es la siguiente:

»Como veis, la pieza está formada por varias figuritas labradas a maravilla. Esta primera representa a Saturno que tiene en sus manos a uno de sus vástagos y se dispone a devorarlo de la misma manera que el tiempo devora los años, los meses y los días. Esos otros dos jovenetos de aspecto temeroso también son hijos del desnaturalizado padre y aguardan ya la misma amarga suerte que su hermano. Finalmente, aquí aparece la diosa Cibeles, la cual, tras de sí, esconde al más querido de sus retoños para librarlo de tan atroz muerte, y con uno de sus brazos ofrece a su esposo Saturno una gran piedra cubierta con un manto para que, engañado, se la trague en lugar de Júpiter.

—¡Admirable obra! —exclamó el César.

—Pues aún no habéis visto su secreto. Fijaos. Si empujamos el brazo de Cibeles con la piedra hasta introducir esta en la terrible boca de Saturno, se mueve el resorte que deja al descubierto el pequeño compartimento secreto. Después, con volver hacia atrás el brazo y la piedra, todo vuelve a quedar oculto.

—Ingeniosísimo artificio. Escribiré a su Santidad diciéndole cuánto ha acertado con su regalo, pues nada me complace más que estas obras donde el arte corre a la par que la mecánica.

En este punto se hallaban de la conversación, cuando un paje les anunció la llegada del marqués de Mondéjar y el César lo hizo pasar al instante.

—Serenísimo señor —dijo don Luis—, acaban de traer una misiva de vuestra esposa y me he apresurado a traérosela.

Carlos tomó el mensaje, lo abrió y lo leyó a la vez que agradecía su diligencia al noble heraldo y después comentó:

—Doña Isabel me comunica que se encuentra indispuesta y que esta noche permanecerá en San Jerónimo con algunas de sus damas. No contemos, pues, con ella para esa zambra que me habéis prometido.

Marian no había entrado antes nunca en la Alhambra. Sus ojos estaban acostumbrados a contemplarla desde la colina del Albaicín y sabía que aquel era el lugar donde se hallaba permanentemente la guarnición de la ciudad. Su padre le explicó que, antes de su nacimiento, los reyes árabes de Granada tuvieron allí sus palacios, pero su imaginación jamás había traspasado aquellas irregulares torres que se doraban al caer de la tarde hasta quedar totalmente azafranadas. Por ello, su admiración no pareció conocer límites conforme avanzaba con sus seis compañeras, escoltadas todas por cuatro soldados, a través de los amenos jardines y de los patios llenos de columnas delicadas y de fuentes y albercas de ensueño. ¡Qué delicia vivir allí! Aquel recinto mostraba trazas de oasis legendario, de lugar de recreo dispuesto por los genios de Salomón. ¿Quién le iba a decir a ella que tan cerca de su humilde casita de la plaza de Bibalbonut existía un tangible paraíso?

Se detuvieron por fin en una sala que semejava enteramente una gruta encantada con sus techos multicolores y sus suelos de mármol y allí aguardaban los músicos con sus adufes, tantanes y demás instrumentos. Marian los conocía harto pues en no pocas bodas de moriscos notables actuaron conjuntamente, bien que no los había visto desde que fue desposada por Mohámet. Los saludó, pues, por sus nombres y ellos no escondieron su alegría al reencontrarla en aquella ocasión.

Por las galerías vecinas pasaban apresuradamente mozos con bandejas colmadas de bebidas, carnes, pasteles y frutas. La variedad de aromas excitó el apetito de la muchacha que, nerviosa como estaba, apenas había probado nada durante todo el día. Nunca pudo suponer hasta aquel momento que hubiese gentes en el mundo que llevaran una vida tan regalada y placentera. Sintió vergüenza, entonces, de todos los ropajes humildes que

cubrían su cuerpo y por un instante sopesó la idea de salir de allí y regresar a su casa, pero el recuerdo de Mohámet la detuvo. Palpó después la afiladísima daga que llevaba ceñida bajo los zaragüelles y por primera vez se preguntó cómo sería el hombre al que iba a matar.

Sus compañeras cuchicheaban y reían no menos inquietas que ella. «¡Si las pobres supiesen lo que va a ocurrir...! —se dijo Marian—. Posiblemente, apenas se haya consumado el asesinato, ellas pagarán también con sus vidas la mucha cólera de los cristianos».

Observó a una que apenas contaría quince años y mostraba ojos de gacela asustada. Se llamaba Zaida y su padre era un tonelero del barrio de los Axaris. Pronto la casarían con un hombre tan egoísta como Mohámet y su existencia se iría apagando poco a poco. Las cotidianas labores y el cuidado de los hijos no tardarían en convertirla en una anciana. ¿Qué importaba, pues, que muriese aquella misma noche? Pero no. El vivir siempre ofrece pequeños gozos e instantes de dulzura que compensan de todos los desengaños: el olor de las rosas, las luces del crepúsculo, la magnitud de los campos, la maravillosa enajenación que produce la danza... Además, ¿quién sabe si el hombre que desposase a Zaida no iba a ser un dechado de bondad, alguien que antepusiera la dicha de ella a la suya? No, aquella jovencísima criatura tenía derecho a seguir viviendo. Pero, si no se llevaba a término lo planeado, si el César no moría esa misma noche, ¿cómo iba a ser ella recibida por Mohámet? Mientras se hacía todas estas preguntas y cavilaciones, una angustia profunda y cerrada a todo horizonte no la dejaba casi respirar.

Llegó un emisario a darles aviso, pues ya la corte estaba en espera de su actuación. Y salieron en fila, calladamente. La Alhambra toda olía a jardín aquella noche de verano. Podría pensarse que algún ángel rajó un colchón de plumas

y esparció su contenido por el firmamento según se hallaba de constelado. Y en los muros, los jazmineros, cuajadísimos de flores, copiaban el espectáculo del cielo.

Cuando Marian entró a aquel patio completamente iluminado por antorchas, con su alberca central y sus macizos de arrayán, y cuando pudo ver acá y allá, en animadísimos grupos, a todos los caballeros y damas de la corte, su pasmo y su inquietud alcanzaron su cenit. ¡Cuánta elegancia en el vestir! ¡Qué tocados, qué collares, qué diademas, qué espadines cubiertos de diamantes...! Grande era la belleza de las sedas granadinas que ella tan bien conocía, pero maravilla le parecieron las randas de Flandes, los brocados, los chapines que usaban aquellas mujeres que a la sazón reían con una desenvoltura y libertad inimaginables, jugaban animadamente con los hombres o pedían con aire inocente que estos les ofrecieran vino en sus propias copas.

Músicos y danzarinas fueron conducidos hacia un gran entarimado que se alzaba en un extremo del patio y allí, a pocos pasos, en un lujoso sitial, se encontraba el César. Se hizo el silencio. De repente, sus ojos y los de Marian se cruzaron durante un segundo que a ambos les pareció eterno. Después, Carlos desvió la mirada hacia sus áulicos y ella la suya hacia sus compañeras. Y la danza comenzó.

El César se hallaba fascinado con aquellos ojos oscuros, grandes y misteriosos y con aquellos movimientos de serpiente que sugerían un cuerpo hermoso y flexible bajo los holgados ropajes blancos. Ninguna de las otras danzarinas poseía ni por asomo su sensual agilidad ni su extraordinaria belleza. Se encontraba a la derecha de Carlos su bufón preferido, don Francés o Francesillo de Zúñiga, regalo del duque de Béjar, y a su izquierda el duque de Calabria a quien poco antes había casado con la reina doña

Germana. Se volvió el monarca un instante hacia este último y le comentó en voz muy baja:

—¡Voto al diablo que me parece maravillosa esa morica! No he visto armonía semejante en Flandes ni en Castilla.

—Permitidme, señor, que os prepare una entrevista esta misma noche con ella en vuestro pabellón —le respondió, servil, el duque.

—«Casado soy; esposa tengo» y muy reciente y mucho que la amo, pero el lance no me parece nada despreciable. Además, hoy no veremos a doña Isabel. Obrad, pues, en silencio, que ya os lo premiaré.

—He escuchado todo, majestad —terció Francesillo con su habitual descaro—, y ya os imagino con un turbante sobre la cabeza y otro sobre el prepucio.

—Callad, malsín, o de lo contrario mandaré que os hagan piezas y os arrojen como alimento a los peces de esa alberca.

—Pequeño soy como el grillo y como el grillo con su cricrí os advierto que puede haberse restablecido vuestra esposa y venir en vuestra busca en cualquier momento.

—Me ha picado la jugada y no serán vuestras majaderías las que me hagan retirar el envite. Servidme más vino y guardad vuestra lengua tras su prisión de dientes.

—Sea como decís, mas si amanecéis con unas bubas, recordad que yo no soy físico.

—Sois algo peor: un charlatán belitre.

En tanto que el enano y el César seguían conversando, este no apartaba la mirada de Marian, aunque ella no parecía ya darse cuenta de nada. Toda la inquietud que traía al principio se había desvanecido al punto, apenas sus pies se le transformaron en alas con la danza. La música penetraba como un sacro río de fuego por su cuerpo y la dirigía, ora dulcemente, ora con violencia, de acá hacia allá. Ni siquiera notó durante el baile el contacto de la daga que

llevaba ceñida a uno de sus muslos. Ya no existían Mohámet ni la conjura ni los palacios de la Alhambra ni el gran Carlos; solo la deliciosa tiranía de aquella fuerza que la atravesaba desde los pies a los cabellos.

Acabada al fin la zambra, bailarinas y músicos fueron de nuevo conducidos a la sala que semejaba una gruta maravillosa, hasta donde vino un paje en su busca para pagarles algunas monedas. Marian había vuelto a la realidad. La deliciosa enajenación del baile que la convertía en un ser distinto y aéreo dio paso a la turbación por no haber llevado a cabo el asesinato del César. ¿Cómo la recibiría Mohámet? ¿Con qué desprecio no la iban a tratar de ahora en adelante todos los de su pueblo? Miró a Zaida, completamente feliz, que preguntaba a sus compañeras cómo había danzado ella. Miró la belleza que la rodeaba en aquel lujoso sitio y, cuando mayor era su congoja, se presentó a las puertas un soldado y, separándola a ella de las demás, le ordenó:

—Mujer: he de llevarte conmigo. Sígueme.

El asombro de las jóvenes y los músicos fue muy grande y, en cuanto Marian y el legado salieron, comenzaron a cuchichear:

—No me extrañaría que a ella le pagasen mucho más que a nosotros —expresó en tono molesto un citarista.

—Pero nadie baila como Marian —se atrevió a replicarle Zaida.

—Eso es porque tú lo dices —le respondió otra de las danzarinas.

—Yo no comprendo cómo su esposo la deja venir —añadió una tercera.

Mientras tanto, Marian caminaba en pos del mensajero llena de temor. Sin duda —pensaba— habían notado que llevaba una daga bajo las vestimentas y ahora la iban a atormentar hasta que hablase...

De repente, al pasar junto a un pequeño estanque, tuvo una idea y, sin demora, la puso en práctica. Fingió que tropezaba y caía al agua. Afortunadamente, sus pies tocaron fondo en seguida, pues ella no sabía nadar. Ya el soldado se apresuraba a prestarle ayuda, cuando Marian, con todo disimulo, sacó la daga de bajo los zaragüelles y la dejó caer hacia el fondo del estanque. Cuando logró salir del mismo, estaba empapada, pero algo más tranquila.

El soldado, sin ocultar su contrariedad y su nerviosismo, la condujo hasta donde se encontraba el duque de Calabria, de quien había recibido las órdenes. Era este un hombre menudo, más hecho a los libros y a las artes que a las intrigas de corte, pero quería agradar cumplidamente a su primo Carlos y obraba por ello con prontitud y astucia. Cuando vio ante sí a la joven de semejante manera, exclamó:

—¡Santo Dios! ¿Cómo voy a presentarla así? ¿Qué ha ocurrido?

—Tropezó, señor, con el brocalete de un estanque y cayó en el mismo —le respondió el soldado.

—Pues ve sin dilación en busca de doña Mencía, la dueña que está al frente del vestuario de mi esposa, y hazla venir al punto. A esta joven hay que asearla y vestirla en seguida con gran decoro.

Dos horas más tarde, la corte se entregaba al sueño fielmente custodiada por los centinelas, y Carlos, tras despedir a sus áulicos más allegados, abrió las cortinas de su pabellón. Su sorpresa entonces fue enorme, pues donde esperaba hallar una humilde morisca con sus amplios calzones, sus camisas de tela recia y sus velos, se encontró con una joven de una belleza tal que dolía mirarla con un peinado de redecilla, según era uso en las damas milanesas de aquel tiempo, y con un elegantísimo vestido rojo tan

escotado que ofrecía más que velaba la perfección de sus rotundos senos.

La muchacha permanecía inmóvil, de pie junto a una mesa donde, entre frutas y dulces, brillaban dos copas y una jarra de plata. Lejos, en la noche, se oían los acordes de una pavana.

Se aproximó el César y, con voz quebrada por la turbación, exclamó:

—Nunca imaginé que Granada pudiera encerrar perla de tantísima finura.

El aroma juvenil de Marian embriagó al amo del mundo y, con esa costumbre de dominio que tan prontamente había adquirido, le ordenó:

—Desnúdate. Cuando bailabas, enloquecía con la idea de verte desnuda.

Marian odió en aquel instante a todos los hombres del mundo. Nunca como hasta aquella noche se había sentido hermosa, deseable. Nunca se había imaginado la transformación que unas vestimentas y unas manos hábiles pueden hacer en una modesta muchacha. Al verse con tanta elegancia, después que varias mozas a todo correr y con gran pericia la bañasen, la peinaran y vistieran, había descubierto en su interior una seguridad nueva, una ilusión inefable, y, sin embargo, ahora llegaba este hombre poderoso y arrogante y, sin más, le ordenaba que se desnudase. En nada difería de Mohámet el monarca de los cristianos. Para sus ojos ella era solo un animal con el que satisfacer los deseos. La poseería con mayor o menor o con la misma brutalidad con que acostumbraba a hacerlo su esposo y después se dormiría harto y ajeno a su presencia. ¿Tal es el sino de las mujeres: resignarse a los asaltos y al posterior desdén de los hombres?

Marian, desde luego, no sin asco, se resignó aquella noche y satisfizo todas las exigencias del César. Al principio

él le dirigió algunas preguntas, pero ante su pertinaz mutismo debió de suponer que desconocía la lengua española y, en lo sucesivo, se limitó a, mientras llevaba a cabo sus antojos, dar de tanto en tanto algún suspiro de placer. Tal como ella supuso, antes del alba cayó rendido en un profundo sueño. Marian entonces comenzó a llorar procurando no hacer ruido ninguno.

Entraba la primera claridad cuando escuchó un estruendo de ladridos y quiquiriquíes y, en seguida, un atronador ruido que nacía de las entrañas de la tierra. El pabellón entero se agitó como una barcaza y las copas y la jarra de plata se cayeron al suelo. Aterrorizada, la joven se puso en pie y vio cómo en el exterior el agua se salía de las albercas y algunos árboles, a causa de la gran fuerza telúrica, arrojaban al exterior sus raíces.

Pronto la Alhambra entera se llenó de gritos: ¡Terremoto! ¡Terremoto! ¡Socorredme!

El pudor le hizo buscar apresuradamente aquel vestido que tan poquísimo tiempo pudo lucir y, mientras se lo iba poniendo, observó al César que se desperezaba con aire molesto, como ofendido de que la naturaleza no se doblegara también a su extraordinario poder y hubiera llegado a la osadía de sacarlo con tanta brusquedad del sueño.

En aquel instante, se oyó una voz grave afuera pidiendo licencia para entrar y, ante el asombro de Marian, el rey, aunque aún se encontraba totalmente desnudo, le respondió:

—Pasad, Francesillo, y explicadme lo que sucede.

Entró, entonces, el enano embutido en un ridículo camisón, pero con un gigantesco sombrero en la cabeza que al punto se quitó para reverenciar a su señor y, muy excitado, comentó:

—Señor: yo dormía apaciblemente cuando me sobresaltó el parasismal estruendo y al pronto pensé que se trataba de alguna de las acometidas de la reina doña Germana a su gentil esposo. Que si ya antes acabó con otros dos, no me parece le vaya a durar mucho el tercero con tanta batería como le da cada noche, pero en breve advertí se trataba de un terremoto que ha puesto más susto que la venida del turco en las ánimas de caballeros, damas, perros y gatos de vuestra corte.

—Pasadme mis calzas, don Francés —le respondió Carlos, comenzando a vestirse apresuradamente—, que yo les infundiré valor con mi ejemplo.

Y poco después, cuando ya se disponía a salir de su pabellón, se volvió un instante como si olvidase algo y, cogiendo de un escritorio un extraño objeto de oro con diamantes, lo puso en las manos de Marian y le dijo:

—Guardad este reloj, aunque poco pago sea para la inolvidable noche que me habéis concedido.

A continuación, se volvió hacia su enano y le ordenó:

—Despídela tú, Francesillo, con toda discreción.

—Para ellos no somos más que sus caballos o sus mastines —comenta el bufón apenas queda a solas con Marian— y bien sabe Dios que estamos tejidos con el mismo esparto.

Nada le responde la joven que, humillada y plena de temor, no sabe qué hacer ni a dónde acudir y ahora se ha refugiado en una esquina y se oculta el rostro con las manos. Francesillo, intuyendo en parte su congoja y su desolación, prosigue:

—Ya no podéis regresar a casa, claro está. Y mal os lanzaréis al mundo con ese vestido. Ante todo, como ha señalado el César, discreción, pero la guardaremos más por vos que por él. Os procuraré unas ropas nada aparentes.

Aguardadme y comed mientras, pues las penas con el pan se ahuyentan.

Nada quiso probar la joven en tanto que el bufón anduvo ausente. Escuchaba acá y allá el bullicio de la corte que se ponía en movimiento. Se oían comentarios acerca del terremoto, gritos, órdenes, nuevo trajín de bandejas... Y ella continuaba allí, agazapada, temerosa de moverse. Deseó morir, pero carecía de valor para quitarse la vida. Sonaron clarines y por fin regresó Francesillo.

—Vestíos rápidamente —le susurró, al tiempo que le ofrecía unas ropas de sirvienta bastante gastadas y un paño para cubrirse la cabeza. Después, viendo su turbación, añadió:

—Vestíos, por Dios, que doña Isabel, la esposa del rey, ha llegado y si os encuentra aquí peligran vuestra cabeza y la mía. No os recatéis; yo os daré la espalda.

Apresuradamente, Marian cambió su elegante vestido rojo por aquellas bastas prendas y no bien hubo finalizado su transformación, murmuró:

—Ya estoy lista.

Le ofreció, entonces, Francesillo un talego y le dijo:

—Guardad aquí ese reloj que os ha regalado el César y el vestido rojo y guardad estos diez ducados de oro que yo os regalo, pues todo os resultará poco en la vida que hoy comenzáis.

—Yo no puedo aceptarlo —replicó Marian con el mismo hilo de voz casi imperceptible.

—Dejaos de remilgos; coged el talego y seguidme, que el tiempo apremia.

Y, con la cabeza baja a fin de no ser notada por nadie, la morisca salió de allí en pos del enano. Recorrieron varias salas y se cruzaron con varios cortesanos que, indefectiblemente, zaherían a don Francés con sus burlas, pero él, sin prestarles atención, continuó su marcha

abriéndole camino a Marian por aquel extraño laberinto. Al fin, salieron de la magna fortaleza por un portillo y se hallaron en la verde ladera de una montaña. Desde allí se dominaba toda la ciudad y la anchurosa vega. El enano, entonces, se despidió de la joven:

—Que Dios os acompañe, muchacha, porque lo habréis menester.

Marian, que continuaba hundida en la incertidumbre hasta el punto de no saber qué dirección seguir, quiso mostrar su inmensa gratitud a Francesillo besándole la mano, pero este se lo impidió y, con una paternal sonrisa en los labios, le dijo adiós y se entró de nuevo en la Alhambra.

Una acequia de aguas muy limpias fluía entre los juncos y los olivos, y la muchacha, al observar sus aguas, sintió la dicha de la libertad y alejó de su interior todos los remordimientos y angustias.

Una hora más tarde, tras haber dado un gran rodeo a fin de no ser vista en la ciudad, Marian andaba por los polvorientos senderos de la vega. El olor áspero y grato de la tierra la iba acompañando y le hablaba de su infancia, cuando junto a su padre venía a pasear por las huertas. «Se ama siempre la tierra donde se nace, mas no por ello debemos aceptar que nos encarcele de por vida» se dijo, volviendo la vista hacia atrás, hacia donde aún se distinguían las torres de la Alhambra, el enjambre de casas del Albaicín y las murallas de la ciudad famosa.

Desde la torre de la Vela, en la Alhambra, miró hacia el horizonte el César y le comentó como al paso a su bufón:

—Grande, hermosa y extraña me parece esta ciudad. No debe de ser nada fácil encontrar a una persona en ese laberinto de callejuelas.

—¿Por qué lo dice su majestad?

—Lo digo, Francesillo, porque me gustaría ver de nuevo a aquella morisca tan garrida que danzó la noche del

terremoto.

—*Quien de linda se enamora, / atender debe perdón / en caso que sea mora.* Pero ¿un rey católico obra ya abiertamente como Herodes ante Salomé?

—Dudo que Salomé bailase con tanta donosura como la que tenía esa joven, pero lo que sí te puedo asegurar es que si me hubiera pedido tu cabeza en bandeja, al punto la conseguiría.

—Bien se encuentra en mi sitio mi cabeza y con ella mi boca para decir sabrosas verdades por más que causen dolor.

—Injusto os mostráis con las debilidades de un hombre. Rey también fue David y pecó por el amor de una mujer.

—Pero a él no le faltó el arrepentimiento, mientras que en vuestra majestad yo leo las ansias de pecar de nuevo.

—Y si es de este modo, ¿cómo tardáis ya en dar cumplimiento a mis deseos?

—Os ciega vuestra propia grandeza. Esa joven ya no se halla en Granada. Vuestra acción de aquella noche le cerró las puertas de su casa y hoy debe de andar como una perdida por esos caminos.

—Más parecéis fraile de Santo Domingo que hombre de burlas de una corte. ¿Cómo podéis estar tan cierto de vuestras palabras? ¿Qué os dijo aquella mañana cuando la despedisteis?

—Hablaron sus lágrimas y su desazón. No se aprende en Plinio ni en Tácito ni en Aristóteles el lenguaje de las almas.

—Muy docto me parecéis esta tarde, pero si tan diestro sois en bachillerías del corazón, acaso tengáis alguna sospecha de hacia dónde marchaba la cuitada.

—Nada sé, mi señor, y confieso que me alegro de no saber nada.

—Tu insolencia te hará concluir tus días como un mendigo en el mejor de los casos o cosido a puñaladas en un

muladar.

—Cada cual tiene tras de sí la fantasma de su destino y necesidad supone querer escapar de ella.

—Pues grande es mi destino, bien podéis comprobarlo, en tanto que el vuestro anda parejo con vuestra estatura.

—No por ello se pudrirán antes mis huesos en su humilde sepultura que los de vuestra majestad en su panteón.

—Acaso los vuestros terminen alimentando a los perros.

—Una vez que me falte la vida, no se me da un ardite si de mis huesos se hacen reliquias o si se los echan a los peces.

—Quitaos de mi vista, pues ya ofenden mi paciencia vuestras insolentes palabras.

—Me retiro y lamento no haber podido servir a su majestad en esta ocasión.

—¡Fuera! —gritó Carlos, sin ocultar su negro humor.

La tarde se aferra aún en las altas montañas de la sierra, pero las sombras se van adueñando de la ciudad. Carlos duda si bajar ya o permanecer todavía un rato en la torre. En el patio de la alberca deben de hallarse ya todos los cortesanos en torno a su esposa. Pero hoy no apetece fiestas ni lisonjas ni siquiera verdades como las que se atreve a decirle aquel descarado enano. Siente la emoción de la llegada de la noche en soledad. Hay candelas encendidas en el Albaicín. Ella vivía por allí, en cualquier rincón de aquella montaña cubierta de modestas casas. ¿Qué secreto guardaba aquella muchacha? ¿Sería en realidad una hechicera? ¿Estaba él ahora aojado? Mejor no pensarlo, no recordarla más...

Y el César bajó de la torre y fue al encuentro del bullicio de sus áulicos.

Aquella misma noche, en la pequeña casa de Mohámet en la placeta de Bibalbonut, se habían reunido once hombres.

Entre ellos se encontraban algunos imanes y jefes encubiertos venidos para la ocasión desde diversos lugares de las Alpujarras y de la costa.

—Todo se ha perdido —explicó el anfitrión— y estamos en gran peligro desde el momento en que apresaron a mi esposa. Más pronto o más tarde no soportaré el tormento y hablaré, con todo lo que ello puede suponer para nuestro afligido pueblo. Nos aguardan más rigores, más vejaciones, más abusos. Yo no veo otra salvación que empuñar las armas.

—Carlos es demasiado poderoso —le respondió Hasán, un morisco ya anciano venido desde Almería—. Cualquier intento ahora de tomar la Alhambra sería una locura. Si el rey hubiese muerto, la victoria hubiera venido a nuestras manos con facilidad. Un ejército o un reino sin cabeza pueden ser deshechos en unas horas, pero la ocasión ya se ha perdido. Habrá que negociar la calma aunque nos cueste casi toda nuestra hacienda.

—Hablas como una mujer o tal vez sean las canas la causa de tu cobardía.

—Cierto que cuento algunos años más que tú y ellos me han llenado de prudencia, al menos de la suficiente como para no querer arrojar a nuestro pueblo a las espadas enemigas sin posibilidad ninguna de victoria. Además, Mohámet, no me parece bien que menosprecies a las mujeres cuando Marian ha sido apresada por actuar valerosamente a favor de sus hermanos musulmanes.

—Aún podríamos rescatarla con vida si obrásemos con rapidez.

—Han transcurrido ya doce días. Nadie resiste el tormento tanto tiempo. Me appena decírtelo, pero no creo que viva ya tu esposa.

—Hasán habla con sabiduría —añadió un alfaquí, enjuto y desdentado, que había venido de la taha de los Guájares—.

Necesitamos negociar cuanto antes. Lo más juicioso será enviar emisarios a Carlos y ofrecerle una buena cantidad. El sonido de las monedas aplaca los resquemores y la violencia de los hombres. Cada uno de nosotros se encargará de recaudar lo necesario dentro de su distrito y volveremos a encontrarnos aquí dentro de dos meses si os parece bien.

—Tengo oído —comentó un obeso imán de Huétor— que el rey cristiano sueña con alzar un palacio para su recreo en la misma fortaleza de la Alhambra. Todo el oro le resultará poco para ver cumplido su empeño. No resultaría, pues, difícil, conseguir las mejores condiciones para nuestro pueblo a cambio de una buena cantidad.

—Vuestra solución nos empobrecerá más aún y a la vuelta de unos años nos veremos tan humillados como hoy —protestó Mohámet.

—No tenemos otro camino, amigo mío —le respondió Hasán.

—Si ahora le entregamos ochenta mil ducados, de aquí a diez años nos exigirán el triple. La codicia de esos hombres no conoce límites. Más nos vale morir con honra que soportar una vida de oprobio y deshonor.

—No te esfuerces en convencernos —replicó el alfaquí de los Guájares—. Demasiado bien sabemos que, desde la entrega de la ciudad por el traidor Boabdil, el destino de nuestro pueblo es la muerte o el destierro. Él ayudó a los infieles contra sus hermanos musulmanes, él peleó contra los de su sangre sin importarle el cerco de Granada. A nosotros ahora solo nos cumple sobrevivir o marcharnos para siempre.

—Ya lo ves, Mohámet —explicó Hasán—, todos estamos de acuerdo menos tú. Ya podemos empezar la recaudación del tributo y, desde luego, no vamos a salir de esta casa sin nombrar antes los emisarios que han de dirigirse a Carlos.

En cuanto a Marian, créeme si te digo que compartimos tu dolor. Alá, que ya la tendrá consigo, a buen seguro le dio la valentía suficiente para no delatar a sus hermanos en la hora del tormento.

Después de numerosas vicisitudes, Marian llegó a Sevilla una mañana de verano de aquel año de 1526. La primera noche de su travesía tuvo que dormir al raso, junto a las ruinas de un caserío en el camino de Loja. A la mañana siguiente tuvo un desagradable encuentro con un gañán que le ofreció llevarla en su carreta hasta aquella ciudad y que antes de una hora ya había intentado hacerle violencia, sino que la joven logró saltar a tierra y huir atemorizada. Pero, al caer la tarde ese mismo día, cambió su fortuna pues se encontró con un grupo de cómicos que viajaban hacia Sevilla y que, al verla sola y desorientada, no dudaron en proponerle que fuese con ellos. Formaban todos una peculiar familia muy unida. El padre, maese Antón, era un hombre bueno y soñador que escribía pasos, bululúes y piezas religiosas y luego todos o algunos de ellos los representaban en los pueblos. La madre, Teresa de nombre, tenía los atributos con que se nos presenta en las Escrituras a la mujer fuerte: llevaba las cuentas del modesto negocio, guisaba, zurcía, lavaba, pedía en las plazas entre los asistentes al espectáculo y daba ánimos a los demás del grupo cuando la suerte les era adversa. El hijo, Antoñito, se ocupaba del carro, del cuidado de las mulas, y hacía los papeles de galán. En cuanto a la hija, llamada Catalina, había heredado el carácter fantasioso del padre y por ello se acercaba siempre a la perfección en cuantos personajes iba representando. Como además era guapa y desenvuelta, su éxito ante las gentes estaba asegurado. Pero en estos días unas fiebres tercianas la tenían reducida al camastro en el

interior del carro y por ello la familia vio con gozo la aparición de Marian.

Mal que bien, la morisca interpretó los papeles que le fueron asignados y gracias a esto vino hasta Sevilla con seguridad y entretenimiento sin que le faltaran ningún día su bodigo de pan, su porción de queso o sus ciruelas. Pero, a la llegada a esta noble ciudad, Catalina se había repuesto de sus males y doña Teresa, con muy corteses palabras, le comunicó a Marian que su colaboración con el grupo se daba por concluida.

Hallarse en Sevilla y no saber a dónde acudir fue todo uno. Cierto que llevaba consigo algún dinero y que podría lograr más si vendiese el artificioso reloj que le regaló el César. Pero no era su propósito deshacerse de aquella pieza que de algún modo le certificaba la realidad de aquel encuentro efímero con el hombre más poderoso de la tierra y con un ámbito de exquisitez casi inimaginable.

Anduvo, pues, sin aguja de marear por las calles y plazas sevillanas y todo lo miraba con curiosidad y temor. Cuando el hambre comenzó a roer su estómago, se detuvo en el tenducho de un pastelero de la calle Sierpes y, echando mano al pequeño talego que le dio Francesillo, quiso pagar con un ducado de oro ante la estupefacción del artesano y de dos muchachos que se hallaban apostados junto a la puerta. Tuvo que ir el pastelero a varios comercios vecinos en busca de maravedíes suficientes para dar el cambio a Marian que salió de allí encantada con su sabroso pastel en la mano. Pero unas horas más tarde, cuando buscó de nuevo el talego de las monedas para pagar unas manzanas que le habían apetecido, se encontró con que este con su contenido voló sin que pudiera explicarse cómo ni cuándo.

Entonces la joven comprendió lo apurado de su situación. Se hallaba en una ciudad desconocida, sin dinero ni sitio donde ir ni nadie que velase por su persona. Tendría en lo

sucesivo que andarse con los ojos muy abiertos, pues en el mundo que ahora se le presentaba solamente lograban sobrevivir los cautos. Por suerte, no le habían robado también el reloj de oro, pero seguía en su resolución de no venderlo. ¿Cómo mantenerse, entonces, en Sevilla? Podía buscar una mancebía y vender su belleza a los hombres, pero su amor propio alejó de su mente al instante aquella solución fácil. Podía dedicarse al hurto como hizo la persona que la dejó tan hábilmente sin su talego, pero le aterrorizaba la idea de caer en manos de la justicia y además su consciencia era limpia y no se iba a inclinar a tales permisiones. No quedaba, pues, otro camino que buscar algún trabajo.

Mientras pensaba en todo esto, la noche se fue entrando sin que por ello disminuyese el palpito vital de la ciudad. Allá seguían con su trajín de ofrecimientos los vendedores de supuestas reliquias, los de vino de Montilla, los de raíces para curar el mal francés, los de aceitunas, los de peces y otros muchos.

De repente, casi todos cesaron en sus pregones y permanecieron como bobos admirando a un hombre manco y avejentado que vestía con desmesura y era seguido de cerca por dos indios casi desnudos.

Marian observó con atención y, no hallando nada de particular en el primero, entendió que el asombro de las gentes nacía de ver a aquellos dos fuertes muchachos cetrinos traídos de allende el mar.

Pero entonces oyó el comentario que una dueña hacía a una hermosa joven:

—Mire vuestra señoría quien puede bien sacarla de la pobreza. Ahí va ese capitán don Diego de Civantos que ha traído de las Indias oro y perlas como para levantar diez palacios.

Aquellas palabras supusieron una iluminación para la confusa Marian. ¡Las Indias! ¡Oro! ¡Perlas! Poco sabía ella de todo eso, pero hasta su antigua casita de la plaza de Bibalbonut en el Albaicín también habían llegado, acaso fantaseadas, las historias de ese mundo nuevo y extraordinario que, al parecer, se abría tras el gran océano. En aquellos territorios sí que se podría hacer fortuna; allá no le iban a faltar montes, selvas y mares nuevos para rendir sus anhelos de horizontes distintos. Pero ¿cómo ir hasta las Indias? No resultaba empresa fácil a cualquiera y más complicado aún lo tenía ella, pues su condición de morisca le cerraba toda posibilidad de embarcarse y de medrar poco o mucho. Su primer objetivo, pues, consistiría en convertir a la morisca Marian en una cristiana vieja, limpia de sangre, y tal amaño solo era posible mediante la ayuda de algún eclesiástico poderoso.

Aquella noche templada de verano, Marian durmió al raso, como una mendiga, en las puertas del convento de San Leandro. Pero no le importó poco ni mucho pues supo que había tocado fondo y que en lo sucesivo su vida iba a seguir un camino ascendente.

Don Adriano La Hoz, párroco de la iglesia de Santa Leocadia, era un sacerdote puntual en el ejercicio de sus obligaciones, pero no por ello se desvivía por el trabajo. Su cuerpo grueso, sus labios carnosos y sus ojos incisivos delataban un carácter bastante proclive a la sensualidad, aunque su fácil palabra y su perruna obediencia le habían granjeado el favor del arzobispo hispalense.

Cuando, en una capilla lateral y solitaria a esa hora de la mañana, el clérigo recibió en confesión a aquella joven y hermosísima penitente y pudo reparar en la gracia de sus formas y en el principio de sus senos que tantas delicias prometían, no logró detener la acometida de los malos

deseos y sintió cómo la turbación de la virilidad tiranizaba todo su cuerpo.

—Explícame, hija, cuáles son tus culpas —le dijo entonces con voz muy melosa.

Lo que ignoraba don Adriano era que, durante los cuatro días anteriores, Marian había recorrido otras muchas iglesias de la ciudad confesando las mismas culpas que ahora le susurraba a él, y ello para tantear a numerosos curas hasta descubrir cuál podría ser su más idóneo valedor, sino que hasta ahora su fingida historia solo le sirvió para conseguir unas pocas monedas.

—Padre —le dijo la muchacha—, soy muy desdichada. Nací hace diecinueve años en Sevilla y fui bautizada en esta misma iglesia, aunque mi padre muy pronto se embarcó hacia las Indias y nunca más supe de él. Mi madre me llevó entonces a vivir a Córdoba con un hermano suyo que se llama Horacio y que durante trece interminables años nos trató como a criadas. Doloroso me resultaría ahora referir todas las humillaciones que hemos pasado. Finalmente, hace un mes, mi santa madre dio su alma a Aquél de quien la había recibido y, cuando mayor era mi pena, ese monstruo de insensibilidad que era mi tío intentó forzarme. Saqué, en ese momento, valor del fondo de mi corazón y me eché a los caminos, pero ¿a dónde acudir?

»Tomé la dirección de Sevilla con la confianza de encontrar aquí a alguien que hubiese tratado a mis padres, pero ya nadie parecía recordarlos ni yo misma estaba muy cierta de cuál fue la plaza donde viví mis primeros años. En esta ciudad, segunda Babilonia, he intentado hallar un trabajo honrado durante varios días y rotos traigo ya los zapatos de ir de puerta en puerta solicitándolo. Mi sueño ahora es conseguir los ducados suficientes para pasar a Indias en busca de mi señor padre.